

## El comercio exterior de México en 1968: una apreciación preliminar

Hacia finales de la primera quincena del presente mes de febrero, el Secretario de Industria y Comercio de México dio a conocer una información acerca de las principales características del comercio exterior del país en el recién concluido año de 1968. En ciertos momentos del presente mes y del inmediato anterior, otros altos funcionarios y algunos voceros del sector privado han hecho asimismo referencia al comportamiento del comercio exterior y de la economía mexicana en ese año. De esta suerte, en el momento de escribir estas líneas se dispone ya de la información suficiente que permite presentar una apreciación preliminar sobre los resultados del comercio exterior de México en 1968.

No puede haber duda respecto de que, como repetidas veces se ha señalado, la coyuntura del comercio exterior de México en 1968 estuvo dominada por la notable recuperación de las exportaciones, que contrastó con el desfavorable comportamiento por ellas observado en 1967. Otros factores destacados de esa coyuntura, a los que sucesivamente se aludirá en este comentario, son la recuperación de las ventas al exterior de algodón, café y otros productos primarios; el muy alentador aumento observado por la exportación de productos manufacturados; el rápido crecimiento de las importaciones, motivado por el vigor del conjunto del aparato económico; la expansión de las importaciones de insumos para el ensamble de bienes de consumo y de bienes de inversión y, *last but not least*, la expansión del desequilibrio de la balanza comercial del país.

La tasa de crecimiento del valor de las exportaciones, de acuerdo con cifras aún preliminares, se situó en 7.7 por ciento, con lo que su cifra total se elevó hasta 14 863.9 millones de pesos (Dls. 1 189.1 millones). Como se recuerda, el nivel correspondiente a 1967 representó un descenso de 5.1 por ciento respecto del año precedente. Por tanto, si se compara la cifra alcanzada en 1968 con la correspondiente a 1966 —que constituye el máximo anterior y que fue de 14 535 millones de pesos (Dls. 1 162.8 millones)— se advierte que la recuperación fue completa y aun arrojó un aumento neto de 328.9 millones de pesos (Dls. 26.3 millones), equivalente al 2.2 por ciento.

Los tres productos de exportación cuyo descenso en 1967 provocó la caída de las ventas al exterior en ese año, se recuperaron en 1968: las exportaciones de algodón crecieron en 17.8 por ciento, las de café en 27.1 por ciento y las de tomate en 11.3 por ciento. Factor determinante de esta recuperación es el favorable comportamiento que en 1968 experimentó el sector agrícola en su conjunto. Entre otras exportaciones de productos agropecuarios que aumentaron significativamente en 1968 se hallan las de frijol, ganado vacuno en pie y carne fresca de ganado vacuno.

La actividad pesquera en 1968 presenció una caída importante de la captura de camarón, que determinó el descenso de la captura total de especies comestibles, aunque, por otra parte, se registró un aumento muy significativo en la de especies industriales. Esta situación afectó las ventas al exterior de camarón, cuyo volumen se redujo en 11.5 por ciento.

En cambio, las exportaciones de productos manufacturados tuvieron un comportamiento extraordinariamente dinámico: su valor total ascendió de 2 639.8 millones de pesos en 1967 a 3 118.1 millones en 1968 (Dls. 211.2 y 249.4 millones, respectivamente), lo que supone un aumento relativo global de 18.1 por ciento, cuya magnitud duplica con creces el correspondiente al total de las exportaciones. No hay duda

alguna que este dinamismo de las exportaciones de manufacturas constituye el elemento más alentador y significativo del comportamiento del comercio exterior de México en 1968.

El aumento de las exportaciones de productos manufacturados alcanzó a un gran número de ellos, dejando constancia de la también cada vez mayor diversificación estructural de este tipo de ofertas. Una lista parcial de las manufacturas mexicanas cuya colocación en los mercados aumentó en 1968 incluiría, entre otros productos, los siguientes: motores, estructuras y partes sueltas para automóviles y camiones; hilazas e hilos de algodón sin mercerizar; máquinas, aparatos y material eléctrico; láminas de hierro o acero; tubos de hierro o acero; partes y piezas de refacción para máquinas y aparatos; artefactos elaborados de metales comunes; libros; piña en almíbar; medicamentos y cultivos bacteriológicos; azulejos y mosaicos; benzol; vidrio o cristal manufacturado; prendas de vestir de todas clases; instrumentos musicales y sus partes; partes y piezas para vehículos de transporte; instrumentos y aparatos profesionales o científicos, y calzado y materiales para su fabricación.

Con el aumento habido en 1968, las exportaciones de manufacturas pasaron a representar el 21 por ciento del total de exportaciones, frente a 19.1 por ciento en el año inmediato anterior. Quizá no resulte exagerado afirmar que, a largo plazo, podrá verse que 1968 fue el año en el que se consolida la participación de las manufacturas en las exportaciones mexicanas.

Del lado de las importaciones se presentó un muy rápido crecimiento originado en el alto nivel de la actividad económica del país. A un crecimiento seguramente superior al 6 por ciento del producto nacional bruto correspondió un aumento de 12.3 por ciento en las importaciones, las que llegaron a un total de 24 500.5 millones de pesos (Dls. 1 960 millones). La mayor parte del aumento se originó en las compras incrementadas de bienes de inversión (principalmente, máquinas, aparatos o artefactos mecánicos, cuya importación aumentó en 4.1 por ciento; máquinas y aparatos eléctricos o electrónicos, 22.8 por ciento; instrumentos y aparatos de medida y precisión, 15.7 por ciento; y material rodante y fijo para vías férreas, 3.9 por ciento) y de materias primas, bienes y otros insumos (principalmente, productos químicos orgánicos, cuya importación aumentó en 22.7 por ciento; papeles y cartones, 1.4 por ciento; extractos curtientes o tintóreos, 25.5 por ciento; abonos, 43 por ciento, y desinfectantes, insecticidas, fungicidas, etc., 26.3 por ciento).

Se registraron, asimismo, disminuciones en la importación de buen número de productos (artículos de fundición de hierro o acero, hule natural, látex de hule sintético o facticio, chatarra y desperdicios de hierro o acero, lana, herramientas de mano, pieles y cueros, textiles naturales o sintéticos y pasta de papel, entre ellos) que atestiguan los avances del proceso de sustitución de importaciones.

La disparidad en el crecimiento de importaciones y exportaciones provocó una nueva expansión del déficit de la balanza comercial, que pasó de 8 038.8 millones de pesos (Dls. 643.1 millones) en 1967 a 9 676.6 millones de pesos (Dls. 774.1 millones) en 1968. De esta suerte, la parte de las importaciones financiada por las exportaciones se redujo de 74.7 por ciento en 1967 a 67.7 por ciento en 1968.

Al examinar la coyuntura del comercio exterior de México en el primer semestre de 1968, cuando era ya previsible la expansión del déficit comercial, se señaló en estas mismas columnas:

Es evidente que, en términos de balanza de pagos, no es posible permitir un ritmo tan elevado de crecimiento del déficit comercial. Existen todavía oportunidades para proseguir el abatimiento de tal déficit a través del crecimiento acelerado de las exportaciones, pero en la medida en que esto no se consiga a la velocidad necesaria, habrá nuevas razones para apoyar la conveniencia de una política restrictiva que limite las importaciones redundantes de equipo de capital y aquellas cuyo mantenimiento u operación supone un contenido de importación excesivo.

A estas alturas, es evidente que en 1969 y en el futuro inmediato la reducción del déficit de la balanza comercial es una tarea prioritaria de la política comercial externa de México y que entre sus ingredientes debe encontrarse no sólo la búsqueda de una expansión más acelerada de nuestras exportaciones sino también la aplicación de una política selectiva de importaciones que limite o elimine las que no representan una adición neta efectiva a la planta productiva del país.

## América Latina: una modesta recuperación

La lectura de los resultados preliminares alcanzados por la economía latinoamericana en 1968 lleva a una primera conclusión rudimentaria y global: después de dos años de crecimiento exiguo, en 1968 fue posible elevarlo al nivel mínimo aceptable según el programa de la Alianza para el Progreso. Concretamente, el producto interno bruto regional el año pasado creció en 5.4% (4.3% en 1967) y en 2.5% (1.4% en 1967) en términos *per capita*. Estos primeros datos, difundidos por la OEA, contienen la precisión de que, en un total de 20 países, no menos de trece mejoraron en 1968 la tasa de crecimiento que habían tenido el año anterior, figurando entre ellos los tres grandes del área: Argentina, Brasil y México. Es bien conocida la influencia determinante que el comportamiento de las economías de estos tres países tiene en el balance conjunto de América Latina. Empero, la significación alentadora que puede darse a estas cifras se empaña por diversas razones, la primera de las cuales puede ser que también son trece los países que en 1968 no llegaron al 2.5% de crecimiento del producto por habitante, incluyéndose en este grupo, entre otros, a Argentina (2%), Chile (1.3%), Colombia (2.3%), Perú (0.1%), Uruguay (1.8%) y Venezuela (1.9 por ciento).

Dos factores parecen haber sido los fundamentales en la modesta recuperación de la economía latinoamericana. Uno ha radicado en la expansión del sector industrial, cuya producción duplicó su tasa de aumento a nivel regional, elevándose nada menos que un 8%. Resulta obvio subrayar que este fenómeno es atribuible en grandísima medida a que en los "tres grandes" la industria tuvo un promedio de expansión de 9%; asimismo el ritmo fue considerable en Centroamérica. El otro factor lo han constituido las exportaciones, gracias al alza de los precios internacionales de varios productos claves del comercio latinoamericano, en un marco mundial de considerable avance (su incremento se estima del 10 al 12%, o sea dos veces más que en 1967) crecieron aproximadamente en 4.5% recobrándose de su disminución de 1.7% en 1967. Es digno de destacarse el dato de las exportaciones de Argentina que registraron un descenso y que, pese a la revigorización experimentada, la exportación latinoamericana sólo se elevó alrededor de 1% sobre el nivel de 1966, año en el que habían crecido en 8.6%. En cuatro países —Brasil, Colombia, Costa Rica y Ecuador— el aumento pasó del 10%. Salta a la vista que la participación de América Latina en las exportaciones mundiales siguió declinando, y a marcha acelerada, en 1968. Además, si se confirman las cifras provisionales de importación, que señalan un incremento aproximado del 5%, resultará que la región habrá sufrido, una vez más, un agudo desequilibrio en la cuenta corriente de su balanza de pagos, desequilibrio que en 1967 había rebasado los 1 500 millones de dólares.

En cuanto a los recursos externos netos, parece que la afluencia de los de fuente oficial fue algo mayor en 1968 que en 1967, como resultado de desembolsos brutos quizá superiores en alrededor de 25%. Ello explicaría un leve incremento de las reservas monetarias del conjunto de la región, no obstante la baja que sufrieron, en distintas proporciones, las de Ecuador, Perú, Paraguay y probablemente también Venezuela. La contrapartida de este aspecto aparece en el endeudamiento externo de nuestros países, que sigue escalando mayores cimas.

La agricultura no parece haber progresado gran cosa en el conjunto de nuestra región y pese a un leve aumento de la producción, es de temer que la de productos alimenticios por habitante quede por debajo de la del año anterior.

El cuadro que se acaba de resumir no invalida, por desgracia, varias de las características negativas que vienen apreciándose desde hace bastantes años en el curso de la economía de América Latina. Características que, claro está, constituyen otras tantas razones que empañan, como se decía al comienzo, la significación alentadora que pudiera darse a algunas cifras. Si bien es importante que en varios países acosados por las presiones inflacionarias, se consiguió aliviarlas y lograr tasas más manejables, es un hecho que tal resultado se ha obtenido a costa de severos sacrificios impuestos a las clases laborales, sólo posibles mediante regímenes o políticas de fuerza, que permiten augurar tensiones de tipo social más extensas y profundas todavía que las manifiestas en los doce meses que se comentan. Porque lo cierto es que el progreso obtenido en los países latinoamericanos, a juicio de la OEA, ha sido muy limitado —y quizá la opinión es hasta optimista— supuestos los programas que tendían a asegurar una distribución más equitativa del ingreso y a corregir algunas de las peores injusticias sociales. De la misma fuente es la opinión de que hay sectores internos que se oponen, con éxito indudable, a la luz de lo ocurrido, a reformas que se consideran básicas,

tales como la del sistema tributario, las estructuras administrativas y el régimen de tenencia de la tierra. La inestabilidad política, calificada de problema crónico, es consecuencia de tales tensiones y, a su vez, contribuye a fomentarlas el que se resuelvan muchas veces en sentido contrario de las necesidades y aspiraciones de los pueblos.

Los problemas de balanza de pagos, también crónicos, considerando la creciente carga de la deuda externa, tienden a agudizarse por la pérdida de posiciones de América Latina en el comercio internacional y porque el costo y las condiciones de los préstamos continúan empeorando. Recuérdese que, según las estimaciones hechas, el 55% del financiamiento oficial externo que vino a la región se destina al servicio de la deuda exterior de la misma y que, según estadísticas del BIRF, el servicio de la deuda latinoamericana se elevó, en 1967, a más de 2 000 millones de dólares, cifra que representa la mitad de la estimada para todo el mundo en desarrollo. Otro dato muy significativo es que en 1966 los "tres grandes" de la región asignaron al servicio de la deuda de un quinto a un tercio de sus ingresos por exportaciones.

Hace 20 años, recordaba recientemente la CEPAL, el crecimiento del producto bruto por habitante en América Latina estaba en un promedio de 3.3%; en 1966 y 1967, ese promedio bajó al 1.5%. En 1968, como se ha dicho, parece haberse situado en el 2.5%. A juicio también de la CEPAL, no obstante el progreso industrial, el desarrollo económico de América Latina muestra un ritmo insuficiente con un deterioro progresivo. Es evidente que no se ha conseguido pasar de la sustitución de importaciones en cada país a la sustitución de importaciones a nivel regional, es decir, no se ha logrado una coordinación mínima del desarrollo industrial. Claro está que no es posible pensar en una coordinación regional de planes de desarrollo, puesto que pretenderlo sería vivir de ilusiones y caer en la paradoja de planificar regionalmente con base en planes nacionales, unas veces deficientes y otras inexistentes. Pero lo cierto es que América Latina no sale del caos en su desarrollo industrial, no puede programar sus inversiones y no alcanza, por consiguiente, una capacidad suficiente de producción y de mercado propios. En suma, y no podía ser de otro modo, el conjunto de la región refleja los vicios y los males que se dan en sus partes. La única solución sigue estando, al parecer, en la coordinación y en la integración multinacionales, mas para caminar resueltamente hacia ellas han de cumplirse prerequisites que aún esperan su hora.

## La economía norteamericana y sus perspectivas inmediatas

En el último informe económico, enviado al Congreso a mediados de enero, el presidente saliente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, hizo notar que el año de 1968 fue el mejor para la economía norteamericana durante toda la década de los sesenta. El producto nacional bruto de Estados Unidos creció en ese año en 9 por ciento en términos monetarios y en 5 por ciento en términos reales; el ingreso *per capita*, deducidos impuestos, se incrementó en 3 por ciento; el empleo total aumentó en 2 millones y la posición de la balanza de pagos mejoró muy considerablemente, a pesar de la expansión sin precedente de las importaciones (más de 20 por ciento), inducida por el auge económico y las presiones inflacionarias.

El problema principal con que se enfrentaba la economía norteamericana, al final del año, era la continuación del proceso inflacionario que no se vio abatido por las medidas restrictivas monetarias y fiscales (incluyendo el aumento de los impuestos) implantadas en el verano de 1968. Debido, en gran parte, al retraso en el establecimiento de las medidas impositivas, los precios al mayoreo en Estados Unidos subieron durante el año en 2.5 por ciento y los precios al consumidor en 4 por ciento. El déficit presupuestal de grandes dimensiones y los aumentos de salarios del orden del 7 por ciento fueron, según el informe presidencial, los principales responsables de la fuerte inflación registrada en el país el año pasado. Sin embargo, las fuentes oficiales norteamericanas esperaban que el ritmo de la inflación iba a atenuarse en los meses venideros, ya que de otra manera fácilmente podrían reaparecer los problemas de la balanza de pagos que, aparentemente, se vieron controlados el año pasado.

Desde mediados de 1968 se oía en Estados Unidos un creciente número de voces expertas que vaticinaban una desaceleración del auge económico para 1969. Entre las razones de esta posición cautelosa se aducían entre otras, el auge ininterrumpido de la inversión privada en los años anteriores, el alto costo del

dinero, el aumento de la carga impositiva, y los intentos del Gobierno federal tendientes a restablecer el equilibrio presupuestal para el año fiscal 1968/69. Incluso, los expertos internacionales de la OCED, en un informe aparecido a fines del año pasado, hablaban de la posibilidad de una "leve recesión" en Estados Unidos acompañada por la desaceleración general del auge económico en la mayoría de los demás países industriales.

Empero, al iniciarse el año en curso las dudas respecto al comportamiento de la economía norteamericana han desaparecido casi por completo. Los principales indicadores económicos disponibles a mediados de febrero sugieren que el auge de 1968 continuará sin cambio. Así lo indica el último *survey* de los planes de inversión en el sector manufacturero que, al parecer, no se verá afectado ni por el alto costo de dinero ni por la escasa disponibilidad de recursos financieros para fines de inversión. La industria norteamericana piensa incrementar sus gastos de capital en el primer semestre de 1969 en un 6 por ciento sobre los niveles sin precedente del período correspondiente al año anterior; se trata, según *The New York Times*, de uno de los aumentos más grandes en la presente década. Tal aumento de la inversión privada contrarrestaría, con creces, el efecto restrictivo sobre la demanda total resultante del aumento de los impuestos decretado el verano pasado y de las restricciones del gasto público durante el año fiscal en curso. En vista de estos acontecimientos todos los expertos económicos norteamericanos parecen estar de acuerdo con el famoso profesor Paul Samuelson, quien hace unas semanas declaró rotundamente que "la posibilidad de una recesión en 1969, que nunca fue seria, es ahora virtualmente nula".

La continuación actual del auge económico sitúa a Estados Unidos frente a dos problemas: el de la inflación y el de la balanza de pagos. Este último, aunque atenuado en 1968 por una serie de factores circunstanciales, queda sin resolución. La mejora en la balanza de pagos que se tradujo en el aumento de las reservas áureas de Estados Unidos para fines del año pasado en cerca de Dls. 500 millones —en comparación con su punto más bajo registrado en mayo de 1968— se debe principalmente a dos factores, a saber, las crisis financieras ocurridas en Europa occidental y las restricciones sobre las inversiones norteamericanas en el exterior. No solamente varios países, encabezados por Francia, tuvieron que acudir a sus reservas de dólares para enfrentarse con estas crisis, sino además, como lo hace notar el Departamento de Comercio, Estados Unidos se volvió, el año pasado, un importador neto de capital, acontecimiento sin precedentes en los tiempos modernos. Sin embargo —cabe insistir— la cuenta comercial de Estados Unidos con el resto del mundo siguió deteriorándose. El superávit comercial de Dls. 500 millones (frente a Dls. 3 500 millones en 1967) fue el más pequeño desde el fin de la guerra, y la disminución del superávit la más grande desde el año de 1950. Sin la importación de capitales y la disminución de la ayuda externa, la balanza de pagos de Estados Unidos hubiera sido fuertemente negativa. Es difícil esperar que se repita en 1969 la situación prevaleciente el año pasado. Las crisis monetarias en Europa y el flujo neto de capitales hacia Estados Unidos, sin duda, permitieron a este país incrementar sus importaciones y, al mismo tiempo, mejorar su balanza de pagos. Empero, no pueden considerarse como conducentes al funcionamiento eficaz de la economía internacional.

La tarea de defender la balanza de pagos norteamericana en 1969 no será fácil. Consistirá, con toda probabilidad, en varias políticas tendientes a mejorar a la vez tanto la balanza comercial como la cuenta de capital de Estados Unidos. De ser así, hay que esperar una nueva ofensiva comercial norteamericana en los mercados internacionales y la continuación de las restricciones sobre nuevas inversiones en el exterior. Ambas medidas pueden en vez de atenuarlas, aumentar todavía más las tensiones que afectan el comercio y las finanzas internacionales, demostrando una vez más la dificultad de compaginar los intereses a largo plazo de la economía mundial con los intereses inmediatos de sus principales miembros.

En estas condiciones hay que esperar que los principales países del mundo occidental se aprovecharán de la continuación del auge económico en Estados Unidos, para proseguir con una reforma del sistema monetaria y financiero internacional, cuya urgencia se vio recalçada por las crisis monetarias europeas del año pasado. No obstante la prosperidad que reina en el mundo económicamente avanzado, es difícil pensar que la economía mundial está a salvo de nuevas crisis mientras que la pieza central —Estados Unidos— acude a la importación de capitales y la reducción de los programas de ayuda a las regiones en desarrollo, con el fin de conseguir el doble objetivo del crecimiento rápido interno y el equilibrio externo. Paradójicamente, a pesar del auge en los centros industriales del mundo, las regiones en desarrollo están más lejos que nunca de lograr los mismos objetivos. La gran mayoría se enfrenta tanto con el estancamiento económico interno como con los fuertes desequilibrios de la balanza de pagos.